

# Lecciones de lucha de clases

Brenda Ríos

SIEMPRE SUPE QUE MIS PADRES SE DIVORCIARÍAN. Nacieron para ello, aunque formaran parte de un medio donde era impensable. Hasta ahora no hay otro divorcio en ninguna de sus familias. Pero antes del final fue lo peor. Se tomaron más de diez años en hacerse trizas —con el instinto que no requiere ni clase ni educación—, fueron lujosos para la destrucción. Después de eso fueron sombras de sí mismos. Una vida en común marcada por el sacrificio, mucho trabajo, abusos, pero cuando por fin se marcharon se aseguraron de no dejar nada que valiera la pena. Rompieron los azulejos, las ventanas, los focos, todo lo rompible, que eran ellos.

Mi padre viviría luego recordando una sola etapa en su felicidad, cuando nosotros éramos niños. No hay pasado ni futuro. Sólo ese tiempo de abundancia y risa. Y una casa enorme. Mi madre no se volvió a casar. Mi hermano comprendería de ahí un modo especial del sacrificio y su corazón siempre parece estar en la mesa de sacrificios: visible, expuesto, tembloroso. Aprendió también a jamás tener el refrigerador vacío, señal de los divorcios, recordaría.

Nací por accidente y por ayuda de Bacardí. Mi padre había sido diagnosticado (por dos médicos de la Ciudad de México) de infertilidad. No contaban con



Clavadista en La Quebrada.  
(Fotografía: Evans / Three Lions / Getty Images)

la cuba pintadita. Así que fui el resultado de espermatozoides borrachines pero competitivos, altaneros. Cuatro años después de mí nació mi hermano, y hubo otro hermano que se perdió a medio camino entre yo y él. Es decir, que, o esos médicos eran un fraude o mi papá se la pasó campechano con ron parte de su vida adulta, ya que resultaron por ahí un par más de hermanastros con una cara parecida a la mía. Y yo, por ser la primera que dio al traste la hipótesis médica tengo la cara aún más marcada del señor en las fotos que es mi papá. Puedo decir que yo nací un día que papá estaba *happy*. Ahora que lo pienso, otros médicos, el día de su accidente, dijeron también que mi papá estaba *very happy* cuando llegó con la cabeza estrellada y las costillas rotas. Pasaría veintiocho días en el hospital, quince en terapia intensiva y moriría de un paro cardíaco.

Me gusta creer que soy producto de la felicidad. Y del descuido, claro. Dos elementos que marcarían mis acciones. Soy de las que pagan la cuenta en Garibaldi, las que piden a los mariachis, las que mantienen a los novios sin un clavo. Como un personaje de películas de charros. Nadie me dijo no lo hagas porque eres mujer. No sabría ni qué es eso. Qué hacen los hombres. Qué las mujeres. Mi papá pensó en darme escuela y hacerme salir. Para que no me tocara un marido borracho y golpeador y machista. Mi madre misma no quiso que yo aprendiera a cocinar: “Los hombres sólo quieren sirvienta”, atajaba de modo final. Cuando me fui de casa tuve que aprender porque lo que mi madre no imaginó es que yo tenía que ser mi propia sirvienta. Quizá me salí un poco del aro y fui yo misma una hija-hijo: pintadita yo: ron/coca/agua mineral. Una chica cubalibre en el mundo. Un poco de hombre, un poco de mujer y vida soleada. Cuando dejé esa casa debía haber vivido una vida grandilocuente. Ser yo mi hombre de la vida. Mi mujer de la vida. Proveerme. Hacerme. Y asegurarme que nunca, pero nunca, me faltara el dinero. El amor, ese es relativo.

Nací en Acapulco. No en cualquier parte. Nací en un hospital de Caleta, que ya no existe. Hasta los veintidós años viví ahí, cerca de esa playa que los fines de semana, días festivos y vacaciones se infesta de la plaga bíblica de chilangos bajando de autobuses con A/C descompuesto, con el dinero suficiente para dos días. Primera lección de lucha de clases: los turistas pobres comen latas de atún y las tiran en las aceras al igual que los empaques de pan Bimbo. Para bajar a la playa había que caminar un kilómetro y medio y muchos escalones. Gran parte del camino estaba lleno de estas personas y del rastro de basura, porque era su manera de divertirse. Embarrarse el cuerpo de cremas que irían a dar al mar que es el morir. Taxistas, mecánicos, carniceros. Si Acapulco es la playa para los habitantes de la Ciudad de

México, Caleta es la de los más pobres. A veces hay vestigios del tiempo muy pasado cuando no era así, cuando había dinero y clase. Glamour. Cuando llegaba la pandilla de Hollywood, y un Weissmüller se creía Tarzan y se tiraba del risco de la playa del hotel que compró y que a su muerte lo heredaría el gerente. A veces, en una casa, una lámpara y un rastro de azulejos en algún hotel son las voces tímidas de una anterior riqueza que llegaba a un mayor radio. Ahora la ciudad son dos guetos: los muy ricos y los muy pobres. Segunda y definitiva lección de lucha de clases: esos mundos no se cruzan nunca. No hablaré de la violencia instalada por el narco y la delincuencia organizada y las balaceras en las playas, y los ajusticiamientos, y que balearon a una vendedora de tomates en el mercado central porque no pudo cubrir su cuota de “seguridad” por cien pesos. ¡Cien pesos! El escarnio, la saña, la deshumanidad que ocupa las esferas de la vida pública —y privada— de un lugar que ha conocido la devastación de la naturaleza, la humillación del turismo más servil y la de los balazos a quemarropa por salarios mínimos. Ver esas películas donde un Tin Tan feliz en blanco y negro canta y baila es imaginar, como siempre, que nos perdimos la fiesta de la abundancia y llegamos, por error, a una morgue lánguida, corrupta y sin sentido. La decadencia es Acapulco, el muro triste de la vida diaria. Y los ricos están tan lejos.

Pero gracias a esos turistas comprendí que hay modos de habitar el mundo. Las hordas de paliduchos alcohólicos, con los centavos contados al igual que el prestador de servicios. Pobres atendiendo a pobres. Esa es la moraleja. Nadie es más que nadie. Tercera lección de lucha de clases.

Mi padre estudió en la Escuela Normal de Ayotzina, en Guerrero. Mi mamá creció en un lugar de la Sierra Madre del Sur, a dos horas del municipio de

Atoyac de Álvarez. Se conocieron porque mi madre en la escuela fue alumna de mi tío, y cuando mi papá tuvo que suplirlo unas semanas, ahí empezaría la historia de la que yo sería continuación. La historia empezó mucho antes, con los procesos educativos de la SEP; o con un ciclón —El Tara, en 1961— que destruyó todo lo que mi abuelo materno tenía: café, ganado, todo se perdió; y él, como muchos, tuvo que bajar a uno de los pueblos para trabajar en el campo. Los huracanes han estado cerca de mí cuando pueden. Si me asomo a algún puerto, por cualquier pretexto, lamen los pies. Y derrumban casas y árboles. La familia de mi madre fue muy pobre. Ella iba a la escuela sin zapatos. Esos pays de queso con toneladas de fresa y jarabe encima le parecen el lujo de su vida. Y no la culpa.

Por mis abuelos campesinos, por mis padres imperfectos, por una casa con corredores, por mi hermano, por mí, debí haberlo intentado. Esforzarme más. Porque no estamos solos. Y mis primos se parecen a mí. Mis sobrinos. Si abandono el clan y me abandono, qué me queda. Debía ser alta, pero no lo soy. Debía saber conducir un auto. Vivir en Estados Unidos. Ser madre de unos cuatro buenos hijos. Debía adoptar un perro. Comer mejor. Salir a correr. Porque no soy sólo yo la de esta historia. No podría decir siquiera que esta es mi historia. Porque antes de mí ya estaba yo. Y en mí están otras historias de otros. La memoria es niña cruel que oculta y juega: improvisa. Nada resultó como yo creí. Y salí al mundo. Pero salir no era suficiente. Tenía que haberme ocupado de algunas herramientas: ojo/lápiz/boca/mano/quelanza/dientes/pies. Sin embargo, no vale la pena ahora hacer palillos chinos del árbol caído. Qué es un árbol, qué es madera, qué es uno flotando en el río eterno sin detenernos a no ser por los objetos que chocan contra uno. 